

cambiaron el sombrero por la gorra, como mi padre, como Gregorio Melenas, y algunos, como Pintafrayles mismo y Casimiro el Calero, no se lo quitaron nunca. La Pepa murió el año 1925 y se había casado el 13 de enero de 1881, seguramente en San Cayetano, la parroquia de Embajadores, un poco más abajo de donde vivía el torero Vicente Pastor, esquina a Oso, lugar *non-sancto*, guarida de suripantas y organilleros, templo antiquísimo cargado de herrumbre, donde se celebraron algunas bodas de rumbo y el Señor tuvo ocasiones infinitas de ejercitar su magnanimidad santificando muchas ya efectuadas, pero aparte de eso, barrios admirables, de gentes nobles y desprendidas e inmejorable corazón, porque como dijo el Ninchi, «También la gente del pueblo tiene su *corazoncito*».

Después de haber oído tantas veces a Casitas, a Emilio el Pámpano, a Rafaelillo el sombrerero, a Jesús Marchante y a otros, en los tugurios del Paseo, no podía sorprenderme que Molina el Tocaor, en la esquina opuesta a Pirrago, medianera con la calle de la Primavera y desde su piso tercero, pusiera sus notas de alondra mañanera cuando ya de día venía del colmado bebido o desvelado y se ponía a tocar la guitarra con el balcón abierto. Momento de verdadera delicia en el silencio del amanecer que sacaba de la cama a más de cuatro a escuchar desde sus ventanas y algunas, como la rubia del entresuelo, se salían en bata al balcón, entonces no se estilaban los camisones, para no perder ni una nota del armonioso punteado del artista. Era una real mujer, esbelta, buena moza y metida en carnes, rubia, más bien seria, traída y llevada por la *murmuración que no se conforma con que una naturaleza pujante* permanezca aislada en la soledad y todavía más cuando se la veía ir a la iglesia y la señora Carolina, mujer de Pirrago, menuda, resentida y estéril, la parangonaba con San Lorenzo, suponiéndola retostada en las parrillas, pero en el alborear del día parecía la musa inspiradora del tocaor o, mejor, la diosa a la que este rendía el homenaje de su arte.

Pirrago tenía una hermana muy alta y desgarbada, como él, casada con Juanillo, zapatero, menudo y cascarrabias como la cuñada. Este matrimonio tenía un hijo todos los años y suplía la falta de los otros que eran como los padres y vivían juntos, compartiendo incluso la mesa del crote. Cada vez que alumbraba la hermana provocaba el asombro de José María. ¿A ver por qué no los tenía él considerándose tan capaz en todo?

José María tenía un aire de suficiencia extraordinario, indicador de lo poseído que estaba de su valer, denotado también en las cualidades de sus gustos y en la selección de lo que debía atenderse o abandonarse. Hombre cumplidor, trabajaba para las tiendas del centro, nada de churrigurri ni remiendos. Cuando iba a entregar a la caída de la tarde se vestía majó y llevaba la obra envuelta en paños limpios, cosa no corriente en su oficio que todo lo tienen embetunado. Fumaba y tosía como un zapatero, no como un carretero, aunque lo hiciera en igual cantidad, pues el zapatero se traga el humo y el carretero lo escupe porque trabaja con el pito en la boca, cosa que no puede hacer el zapatero por estar agachado y dañarle el humo la vista obligándole a dejar el pito en la mesa. Llevaba el bigote recortado, blanco, retostado y caído, como Don Quijote y también como él tenía los dientes, la mitad de arriba de un lado y la mitad de abajo del otro, que no le casaban y farfalleaba al hablar, fallándole al comer, pero fuera de eso y con la boca